

El Trovador

Antonio García Gutiérrez

Alhambra. Madrid

E

ste drama caballeresco de Antonio García Gutierrez publicado recientemente por la editorial Alhambra , llevó al joven poeta a consagrarlo como uno de los grandes autores de su tiempo y a la obra como modelo del drama romántico, del nuevo teatro, como entonces se llamaba.

Se ofrece al lector la versión original, en prosa y verso, según la edición príncipe de 1836.

Esta obra pertenece al género llamado Romanticismo, que penetró por primera vez en España en 1820, y que alcanzó su máxima importancia entre los años 1830–40, una década marcada por la vuelta al exilio de muchos liberales tras la muerte de Fernando VII. Exalta el individualismo y la libertad de creación artística. Se origina el rechazo de las reglas, así como también en lo impersonal y objetivo del neoclásico. Este romanticismo dará paso al movimiento costumbrista de Mesoneros Romanos y Estebáñez Calderón ; a la poesía de Espronceda y a las piezas teatrales del Duque de Rivas, García Gutierrez y José Zorrilla (*Don Juan Tenorio*).

El autor a lo largo de su vida será testigo de numerosos acontecimientos sociales y políticos que influirán decisivamente en su comportamiento personal y en su obra creadora : El pronunciamiento liberal de Riego, etc. Inició su carrera como autor teatral con la puesta en escena de El Trovador. Desde aquí, su carrera de dramaturgo siguió una línea de creación teatral más o menos intensa pero ininterrumpida : fundamentalmente dramas históricos, pero también comedias de la época o modernas a lo que hay que añadir sus obras en colaboración con otros autores como Zorrilla, Isidoro Gil, Gil y Garate.

La acción del Trovador tiene lugar en Aragón, en el siglo XV. Por una parte se nos cuenta la terrible historia de la gitana y el hijo del conde y otra seré de sucesos históricos que nos sirven para fijar fechas.

Esta obra está dividida en cinco jornadas o actos que, a su vez, se subdividen en varios cuadros. Cada una de las jornadas lleva un título que nos guía sobre el contenido de las mismas como, con frecuencia, sucede en las novelas románticas : El duelo, La gitana, La revelación y El suplicio .

Los doce cuadros nos sitúan en lugares muy diversos, abiertos uno y cerrados los más. La diversidad se rige también en cuanto a los registros sociales que van desde el salón de un palacio real a la cabaña de una gitana, pasando por calles, calabozos, conventos y campamentos militares. Esta diversidad es típicamente romántica pues rompía con los esquemas propios del teatro neoclásico y con su escrupuloso respeto por las unidades de acción, de tiempo y lugar. El tiempo también es muy libre. Entre la primera y la segunda jornada han transcurrido un año.

Pero lo que más nos interesa destacar de la obra además de su estructura son los temas .

El drama alterna con habilidad los momentos de especial tensión dramática con los de una relajación más lírica, alcanzándose un romántico equilibrio entre el reposo y la acción. Por ejemplo en la escena VI de la jornada IV entre Manrique y Leonor en la que el protagonista le cuenta a su amada en términos altamente poéticos un sueño que ha tenido (soñaba yo que en silenciosa noche); ese lirismo amoroso del trovador, entremezclado de tristes presentimientos, es interrumpido por la llegada de Ruiz que comunica a Manrique el avance de las tropas enemigas y el presentimiento de la gitana. Esta noticia hace que el trovador se vea

obligado a partir para rescatar a su madre y explicar a Leonor lo oscuro de sus orígenes con vergonzosos acentos. Es decir, se ha pasado de una escena de calma a otra de gran agitación. Este elemento contrastante es otro de los recursos habituales que García Gutiérrez utiliza para dar variedad a su drama y también para crear un clima de equilibrio–desequilibrio que mantiene al espectador en vilo.

Otra característica estructural de la obra reside en cómo están contruidos los finales de cada jornada. El autor ofrece en todos ellos una secuencia de gran dinamismo y de violencia más o menos expresa que, además, encierra una dosis nada desdeñable de «suspense». Por ejemplo, veamos el final de cada una de las cinco jornadas. La primera termina con un duelo que está a punto de iniciarse y del que el espectador ignorará el desenlace hasta la jornada siguiente. En la segunda, el rapto de Leonor por los esbirros del conde de Luna se ve estorbado por la inesperada llegada de Manrique; la joven se desmaya y el espectador se pregunta qué pasará entre ambos amantes, ¿continuará ella de monja o huirá con el trovador pese a los votos sagrados? El final de la jornada tercera repite, en cierto modo, el de la segunda, sólo que ahora la tensión sube de grado. Manrique está de nuevo en el convento para llevarse a Leonor, pero apoyado esta vez por sus hombres, y el propio conde de Luna y don Guillén, el hermano de la heroína, son testigos del rescate en medio de gran tumulto. Ya se ha comentado el final de la IV jornada. En cuanto al telón definitivo, cae con : muerte por envenenamiento de Leonor, decapitación de Manrique, revelación de la verdad al conde y muerte de Azucena.

La estructura teatral de la obra se asienta además, de forma acertada, sobre los dos grandes temas que dominan el drama : el amor y la venganza. Aquí halla uno de los principales méritos de *El Trovador* : el que frente al cúmulo de sucesos, que a veces más parecen propios de una novela que de un drama, esté siempre latiendo uno de los dos temas –o los dos simultáneamente– lo que otorga una decidida unidad conceptual a la tragedia. El amor era tema obligado en una obra perteneciente al nuevo teatro pero la venganza, aunque también habitual , jamás había estado tan ferozmente marcada como ahora con esa lucha tan esencialmente teatral entre amor y venganza que sostiene Azucena.

El tema del amor domina las dos primeras jornadas; el conflicto es claro: dos hombres enamorados de una misma mujer que luchan por ella. Lo enrevesado del drama estriba, precisamente, en que los dos rivales son hermanos sin saberlo. Naturalmente la heroína ama al mejor de ellos, al que es más valiente, más sensible y también más misterioso y desvalido.

El amor de Manrique y Leonor tiende, muy acertadamente, a conjugar pasión erótica y anhelo espiritual porque éste era un punto clave en la concepción romántica del amor. La mujer representaba no sólo la satisfacción de los sentidos sino también la de la inteligencia y aún otra cualidad que también está presente en *El Trovador*. el sentimiento religioso. Esto es importante porque una concepción del amor como pasión en la que se entremezcla el cuerpo, el espíritu y aún la religión era propia del mundo caballeresco que los trovadores medievales recrearon en sus poemas y canciones, y no olvidemos que *El Trovador* se califica de «drama caballeresco».

Este amor apasionado nos pone en contacto con otro aspecto teórico del Romanticismo: el que las grandes pasiones amorosas sólo podrían tener cabida en almas nobles y elevadas; de ahí a un cierto clasismo, a una desigualdad social como punto de partida hay sólo un paso . El artilugio, bien poco creíble por cierto, de que un refinado trovador es hijo de una pobre gitana, no es más que eso. un artilugio ingenuo –pero que dio buen resultado al autor– para al final desvelarnos que el pretendido gitano era en realidad el hijo mayor del poderoso conde de Luna (y por tanto, ahora el verdadero conde), cosa que debía dejar a los espectadores muy tranquilos: el protagonista no era un representante de las clases bajas o marginadas sino que pertenecía a la más rancia nobleza de Aragón. El amor de la heroína es prototipo del amor romántico que es capaz de llevar su pasión hasta las últimas consecuencias, es decir hasta la muerte, prefiriendo el veneno a pertenecer a un hombre al que no sólo no ama sino al que desprecia.

A partir de la jornada III el tema de la venganza hace su desbordante aparición escénica encarnado en Azucena. Los hilos del amor y de la venganza, junto con el odio y el desprecio, se entremezclan con habilidad

entre los cuatro protagonistas ya que, a partir de la jornada IV se establece un nuevo vínculo: don Nuño tiene en su poder a la gitana que arrojó a su hermano a la hoguera y arde en deseos de venganza, sentimiento que es compartido por Azucena ya que don Nuño es también el hijo del que ordenó quemar viva a su madre.

Pero además de estos dos grandes temas *El Trovador* nos ofrece otros que contribuyen a enriquecer su universo dramático, como el suicidio, el honor, la guerra civil.

El suicidio es una forma de protesta –la más radical junto con la revolución– y, desde luego, de gran atractivo entre los artistas y escritores románticos tanto en la narrativa como en el teatro.

El tema de las guerras civiles es habitual en García Gutiérrez. Sólo resaltar que las simpatías del escritor están, como siempre, dirigidas a los que defienden la libertad frente al intento absolutista. En *El Trovador* parece claro que los partidarios del conde de Urgel, entre los que se encuentra Manrique, son los «buenos» frente a los «malos» que siguen a don Fernando el de Antequera.

Otro de los temas que se encuentran en la obra, aunque sólo sea tratado de manera incidental, es el de la fugacidad del tiempo, de la juventud, de la felicidad. La ensoñación, la ternura evocadora, la melancolía no exenta de un leve toque de angustia, están presentes en estos hermosos versos en los que Leonor alcanza su mejor expresión:

Ya pasó...mi juventud

los tiranos marchitaron,

y a mi vida prepararon,

junto al ara el ataúd.(....)

Otro tema interesante que se suscita en la obra es el conflicto que se establece entre las distintas clases sociales, en particular por lo que respecta a la situación del protagonista. Ya en la escena I de la jornada I, Guzmán, un criado, exclama refiriéndose a que el trovador aspira a conquistar a la noble dama de la reina, doña Leonor: «Y luego ¿quién es él? ¿dónde está el escudo de sus armas? Lo que me decía anoche el conde: Tal vez será algún noble pobretón, algún hidalgo de gotera.» Todos suponen que es, al menos, un hidalgo, ¿qué dirían si supiesen que se trata del hijo de una gitana? El tema de las diferencias de clase se reitera en la misma jornada; en los momentos en los que el trovador reta a don Nuño, éste se niega aduciendo: «¿Yo hasta vos he de bajar?» y poco después insiste : «No–, que no sois, advertid/caballero como yo.> Manrique aspira a subir de clase social y así le dice a la gitana Azucena en la tercera jornada: «Mil veces, dentro, en mi corazón, os lo confieso, he deseado que no fuerais mi madre, no porque no os quiera con toda mi alma sino porque ambiciono un nombre, un nombre que me falta.» La insistencia en la nobleza de sus orígenes parece atormentar a don Guillén, tal vez porque carezca de dinero y sólo tenga su cuna: «Noble he nacido/ y noble, don Nuño soy», te dice a don Nuño e insiste en el tema del honor

Esta diferencia de clases sirve también para poner a prueba el amor de la heroína. Manrique acaba confesando a su amante que es hijo de una gitana. Leonor reacciona, como era de esperar, con total generosidad, no importándole la extracción social del hombre que ama.

María del Mar Gallego Casado